

XXIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO, CICLO B

MONICION INICIAL

Nos reunimos nuevamente para el Banquete Eucarístico. La Liturgia de la Palabra de hoy nos recuerda que el anuncio del Reino de Dios debe estar siempre acompañado por el servicio a los más pobres y enfermos. Jesús es el hombre que todo lo hace bien, que hace el bien a todos: es Dios, en persona, en medio de nosotros. Ante las necesidades ajenas muchas veces somos como sordomudos: no logramos escuchar su grito de auxilio, no logramos hablar en nombre de Jesús, no logramos llevar un mensaje de amor y paz.

Seguros de la presencia de Jesús Resucitado aquí y ahora en medio de nosotros, pidámosle que nos sane de todas nuestras debilidades y adentrémonos alegres en el gozoso misterio de la Eucaristía.

LECTURAS

Lectura del libro del profeta Isaías 35, 4-7a

Sal 145, 7. 8-9a. 9bc-10

Lectura de la carta del apóstol Santiago 2, 1-5

Lectura del santo evangelio según san Marcos 7, 31-37.

ORACIÓN DE LOS FIELES.

A ti, Padre, que miras con bondad a los que tanto amas, pedimos confiadamente: Cólmanos de tu misericordia.

—Por la Iglesia, para que escuche siempre el clamor de la humanidad. Oremos.

—Por el Papa y los pastores de la Iglesia, para que sepan transmitir la verdad del Evangelio. Oremos.

—Por los profesionales de las palabras y medios de comunicación, para que ayuden a crecer en la verdad y enciendan la esperanza de los pueblos. Oremos.

—Por los responsables de las naciones, para que no sean sordos a las voces y súplicas de los pobres y pequeños. Oremos.

—Por nuestras comunidades parroquiales, para que escuchen la Palabra de Dios y la transmitan con fuerza y alegría. Oremos.

—Por nosotros, que participamos en esta Eucaristía, para que no nos hagamos sordos a las voces del Espíritu y de los hermanos. Oremos.

Oremos: ENVUÉLVENOS, SEÑOR, EN TU MISERICORDIA, Y HAZ DE NOSOTROS PORTADORES DE ELLA.

MENSAJE PARA ANTES DE LA COLECTA

El poder curativo de Dios se nos manifiesta en Jesús, que cura al hombre entero, nos alcanza a cada uno de nosotros, y sigue hoy curando a la humanidad a través de la Iglesia y de su testimonio de fe, esperanza y caridad. Que nuestra aportación generosa y alegre a esta colecta, que hoy será destinada a la labor de Cáritas, sea un buen signo de todo ello.

REFLEXIÓN

El Evangelio de hoy (Mc 7, 31-37) relata la curación de un sordomudo por parte de Jesús, un acontecimiento prodigioso que muestra cómo Jesús restablece la plena comunicación del hombre con Dios y con los otros hombres. El milagro está ambientado en la zona de la Decápolis, es decir, en pleno territorio pagano; por lo tanto, ese sordomudo que es llevado ante Jesús se transforma en el símbolo del no-creyente que cumple un camino hacia la fe. En efecto, su sordera expresa la incapacidad de escuchar y de comprender no sólo las palabras de los hombres, sino también la Palabra de Dios. Y san Pablo nos recuerda que «la fe nace del mensaje que se escucha» (Rm 10, 17).

La primera cosa que Jesús hace es llevar a ese hombre lejos de la multitud: no quiere dar publicidad al gesto que va a realizar, pero no quiere tampoco que su palabra sea cubierta por la confusión de las voces y de las habladurías del entorno. La Palabra de Dios que Cristo nos transmite necesita silencio para ser acogida como Palabra que sana, que reconcilia y restablece la comunicación.

Se evidencian después dos gestos de Jesús. Él toca las orejas y la lengua del sordomudo. Para restablecer la relación con ese hombre «bloqueado» en la comunicación, busca primero restablecer el contacto. Pero el milagro es un don que viene de lo alto, que Jesús implora al Padre; por eso, eleva los ojos al cielo y ordena: «¡Ábrete!». Y los oídos del sordo se abren, se desata el nudo de su lengua y comienza a hablar correctamente (cf. v. 35). La enseñanza que sacamos de este episodio es que Dios no está cerrado en sí mismo, sino que se abre y se pone en comunicación con la humanidad. En su inmensa misericordia, supera el abismo de la infinita diferencia entre Él y nosotros, y sale a nuestro encuentro. Para realizar esta comunicación con el hombre, Dios se hace hombre: no le basta hablarnos a través de la ley y de los profetas, sino que se hace presente en la persona de su Hijo, la Palabra hecha carne. Jesús es el gran «constructor de puentes» que construye en sí mismo el gran puente de la comunión plena con el Padre.

Pero este Evangelio nos habla también de nosotros: a menudo nosotros estamos replegados y encerrados en nosotros mismos, y creamos muchas islas inaccesibles e inhóspitas. Incluso las relaciones humanas más elementales a veces crean realidades incapaces de apertura recíproca: la pareja cerrada, la familia cerrada, el grupo cerrado, la parroquia cerrada, la patria cerrada... Y esto no es de Dios. Esto es nuestro, es nuestro pecado.

Sin embargo, en el origen de nuestra vida cristiana, en el Bautismo, están precisamente aquel gesto y aquella palabra de Jesús: «¡Effatá! – ¡Ábrete!». Y el milagro se cumplió: hemos sido curados de la sordera del egoísmo y del mutismo de la cerrazón y del pecado y hemos sido incorporados en la gran familia de la Iglesia; podemos escuchar a Dios que nos habla y comunicar su Palabra a cuantos no la han escuchado nunca o a quien la ha olvidado y sepultado bajo las espinas de las preocupaciones y de los engaños del mundo.

*Mensaje del Santo Padre Francisco
en el rezo del Ángelus del 6 de septiembre de 2015*